Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 6

San José, Costa Rica **1926** Lunes 8 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Rodó y el Poder

La impotencia de su ideal

Por

Ramiro de Maeztu



La razón de que Rodó no comprenda el significado y el valor de la riqueza norteamericana es que tampoco entiende el significado del poder, de la fuerza. De los tres valores supremos: el poder, el saber y el amor, Rodó tiene la sensibilidad encendida para estos dos últimos valores, pero es ciego para el poder. No lo comprende sino como una fatalidad, como un destino, como una conveniencia o como un instrumento. Le habría parecido blasfemo parangonarlo con el saber o con el amor. La razón de ello hay que buscarla en que sus maestros inmediatos: los franceses del año 70, Renán, Fouillée, Guyau, se han formado bajo las apariencias de poder de Napoleón III, por lo que el poder ha tenido que parecerles una farsa corrompida, mientras que luego, al verse humillados por las espuelas de Moltke y de Bismarck, el poder efectivo de Prusia se les ha aparecido como barbarie aplastadora de la civilización.

Por eso Rodó no tiene afecto más que para dos de los tres grandes modelos históricos que la historia nos ha legado a los hombres de Occidente. El ideal de Rodó consiste en fundir el espíritu de la Hélade con el de Palestina. He aquí sus palabras:

«Para concebir la manera como podría señalarse el perfeccionamiento moral de la humanidad con un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad; imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos».

Esta fusión de Atenas, que fué el saber, con Jerusalén, que fué el amor, me parece excelente, pero no podrá resistir el viento de la historia como no se cimente en Roma, en la Roma antigua, por supuesto, que fué el poder. Para el valor del poder no tiene ojos Rodó. Todo lo que quiere es el acuerdo entre los otros dos valores. Llega hasta entrever que ese acuerdo existe, por lo menos en un plano superior:

«La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades». Pero que la realidad de ese acuerdo ha de encontrarse en el poder es absolutamente extraña al espíritu de Rodó. Se conoce que no le decía cosa alguna la frase primera de nuestro Credo: «Creo en Dios padre, todopoderoso». Rodó, como Castelar, era un romántico que prefería, al Dios del Sinaí, el Mártir del Gólgota. Se olvidaba de que no es la impotencia, sino la omnipotencia, lo que en el Gólgota se sacrifica.

Es curioso que Rodó aspire o crea aspirar a la plenitud del ser humano y haga suyas las palabras de Guyau, cuando dice que: «Hay una profesión universal, que es la de hombre», y otras de Renán, inspiradas en el mismo sentido. Lo que quiere el hombre normal es el poder, porque no es posible la normalidad humana sin poder; pero, desgraciadamente, ello ni le interesa, ni se le ocurre a Rodó. En el fondo de su filosofía hay una concepción maniquea del mundo, que supone que la materia es vil y que el poder de manejarla significa bien poco. Su Ariel es: «la parte noble y alada del espíritu». Aquella otra parte, como Caliban, que según Shakespeare, «enciende el fuego y trae la leña», no ocuparía en una sociedad regida por Rodó más que empleos instrumentales y secundarios. Las ocupaciones de poder, en suma, están endemoniadas y no será Rodó quien las exorcice. En su sociedad ideal, serán los primeros puestos para los santos del Año Cristiano y para los literatos y artistas de París. Los hombres de dinero, los generales, los capitanes de la industria serán tolerados a título de criados útiles y aun necesarios, pero no se les permitirá desfilar en las grandes procesiones cívicas más que a la retaguardia y con trajes oscuros.

Con razón ataca «cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario; se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza, todo elemento desinteresado e ideal». Estas nobles palabras deben suscribirlas todos los amigos del género humano. Una educación exclusivamente utilitaria es abominable y, en último término, poco útil, porque estrecha el espíritu y aisla la vida al que no logre libertarse de sus limitaciones. Pero una educacación en que no se reconozca el ideal utilitario del poder, como uno de los elementos indispensables del ideal, que no cede en dignidad y en valor a ningún otro, tiene que ser tan estrecha y mutiladora como una educación puramente utilitaria. El mismo pecado se comete con la exclusión de lo utilitario que con su exclusividad.

Es verdad que Rodó no excluye totalmente el elemento utilitario. «No entreguéis nunca — dice — a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior; la de la razón y el sentimiento». Pero, ya lo vemos, a renglón seguido de permitir que dediquemos al utilitarismo una parte de nosotros, Rodó llama a esa ocupación «esclavitud material». Y este es el error, no sólo el error, éste es el pecado de Rodó. Los hombres que se dediquen al utilitarismo no podrán ser sino «esclavos» en la sociedad ideal de Rodó. Ello quiere decir que, como no se ocuparán en los cuidados económicos, militares, higiénicos, etc., más que los hombres de cuarto o quinto orden, los banqueros serán malos, y no habrá dineros; los comerciantes serán malos, y no habrá comercio sino al modo

de los bazares de Oriente: los industriales serán malos, lo cual quiere decir que las manufacturas serán caras y de poca utilidad; los agricultores serán malos, todo el mundo será pobre, y la vida tan desagradable que no se podrá pensar en otra cosa que en sus asperezas, al modo que en medio de la guerra europea, los profesores universitarios alemanes no podían pensar más que en los alimentos que lograban obtener, cosa que ocurre actualmente en los de Rusia, por lo que unos y otros han declarado repetidamente que tenían vergüenza de sí mismos al verse reducidos a una existencia animal, como de seres que sólo pueden pensar en la comida.

No es, por tanto, probable que los hombres que reduzcan las actividades económicas y de poder a un plano subalterno, encuentren dentro de sí mismos la libertad que Rodó les promete cuando les asegura que la última Thule de cada hombre es su propia alma. «Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres». Para la libertad humana no basta con «pensar, soñar, admirar», ni con el «ocio noble». El «ocio noble» no es posible sin dinero, y probablemente ni aun con dinero es deseable. La prédica de Rodó se destruye a sí misma por falta de estimación a la labor utilitaria. El escritor uruguayo se percata de que hace falta el trabajo de Caliban para que viva Ariel. Pero no se hace cargo de que Caliban no trabajará bien si no se le dignifica el trabajo, lo que quiere decir que sólo será bueno el dinero allá donde se le honre. Si se le quita la dignidad, el dinero se venga haciéndose destructivo, usurario, ocioso, antisocial.

Esa «alta dirección moral» que Rodó quisiera dar a las muchedumbres, no servirá de nada si no se funda en la riqueza o en el poder militar. El lector me perdonará esta identificación, pero ya he dicho en otra parte que el ejemplo de Prusia ha demostrado la convertibilidad del poder militar en económico, mientras que el de los Estados Unidos ha probado igualmente la mutabilidad del poder económico en militar. Aquí no he de añadir, entre paréntesis, sino que el poder económico me parece más perfecto, pero más complejo, que el militar. La moral sin la fuerza no pasa de ser un buen deseo, y éste, a su vez, es una llama donde el alma se consume de su propia impotencia. El ideal de Rodó: «Una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud —únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres—reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor», no es un ideal falso ni malo, pero sí incompleto y funesto, porque haría de los pueblos que intentasen realizarlo la fácil presa de aquellos otros que sintiesen hacia las actividades del poder el respeto que se merecen.

El propósito que inspira a Rodó al escribir su *Ariel* es admirable, pues no es otro que el de incitar a los pueblos hispánicos de América a afirmar su independencia, frente al creciente poderío de los Estados Unidos. Pero el camino que Rodó señala es impropio para este fin, porque el problema de la independencia es, en primer término, un problema de poder, y el poder no se obtiene si no es honra. Para que las actividades de poder se desempeñen satisfactoriamente en un pueblo, es necesario que se las honre en la misma medida que a otras cualesquiera. Si no se las honra, se desempeñan mal, y si se desempeñan mal, como son absolutamente indispensables, acaban por hacer imposible el desempeño de las otras. Pero lo mismo ocurre con las actividades de saber y de amor. El poder de un pueblo desaparece si se descuida el cultivo del saber o si se desdeña la actividad del sabio. Y ni el poder y el saber juntos bastan para conservar la vitalidad de un pueblo, si sus hijos no están unidos por un sentimiento de amor, que enardezca la conciencia de su solidaridad.

La idea que Rodó se formó de los Estados Unidos es incompleta, por serlo también su filosofía. No vió el alcance de la riqueza norteamericana, porque faltaba en su visión del mundo la estimación debida del poder. No comprendió que el poder no es meramente un don del cielo o de la naturaleza, sino un valor cultural de adquisición difícil, que supone la disciplina de la voluntad y la mayor perseverancia. Tampoco notó que el ideal del poder es tan moralizador como el del saber o el del amor, porque no se realiza en grande escala cuando se alcanza a expensas de otros seres, cosa que ocurre ciertamente en los países donde se ha permitido, si me perdonáis la frase, que el poder se lo lleven los demonios, por ejemplo, cuando un país se constituye de tal modo que no hay otro camino de riqueza que el de la usura o los negocios sucios. En los pueblos que abiertamente confiesan su ideal de poder se llega, por el contrario, al convencimiento general de que el poder no se obtiene en gran escala por la explotación y empobrecimiento de los demás hombres, sino arrancándolo a la naturaleza inagotable, alumbrando nuevas fuentes de riqueza, o sacándolo del ingenio igualmente ilimitado, inventando nuevas herramientas de trabajo u organizando racionalmente las actividades de los hombres.

Si en las viejas sociedades de Europa es frecuente que no se enriquezcan los hombres sino empobreciendo a los demás, en los Estados Unidos, al contrario, el tipo normal del millonario es el del hombre que ha hecho su dinero creando nuevas fuentes de riqueza, que han enriquecido a sus conciudadanos. Ello es decir, en otras palabras, que los norteamericanos han encontrado la manera de moralizar el dinero, adinerando, al mismo tiempo, la moral. El dinero está allí exorcizado. Se le han sacado los demonios, originadores en Europa de la invención del socialismo, que debe su origen a la confusión de los ricos enriquecidos enriqueciendo a los demás, con los ricos enriquecidos empobreciendo a las otras gentes. En los Estados Unidos no hay socialismo porque su pueblo admira a los ricos, tanto por haberse enriquecido enriqueciendo a los demás, como por gastarse el dinero en obras de servicio social, como universidades, hospitales, institutos de investigación o de ayuda a los pobres.

El ideal norteamericano, en resumen, es más integral que el que Rodó propuso. Al de Rodó le falta el elemento de poder, porque admitir el poder como instrumento. equivale a relegarlo a una categoría inferior, donde no puede desplegar su eficacia.

En los Estados Unidos el ideal contiene una armonía de poder, de saber y de amor, y a esa armonía debe el secreto que ha elevado a aquel pueblo a su actual posición hegemónica del mundo. Creo, sin embargo, posible rebasar el ideal norteamericano. Aunque haya en él una armonía de los tres valores: poder, saber y amor, que en su unidad constituyen el bien, esa armonía está lograda de un modo subrepticio y con cierta subordinación del elemento, saber, porque la civilización norteamericana se funda en postulados teológicos, en que ya no creen sus hombres cultos. Su sentido del poder lo deben, en efecto, los norteamericanos a la tesis calvinista de que Dios, desde toda eternidad, ha destinado unos hombres a la salvación y otros a la muerte eterna; que esa salvación se conoce en el cumplimiento de los deberes de cada hombre en su propio oficio, de lo cual se deduce que la prosperidad consiguiente al cumplimiento de esos deberes es signo de la posesión de la divina gracia, por lo que hace falta conservarla a todo trance, lo que implica la moralización de la manera de gastar el dinero. Estos postulados teológicos no son actualmente más que historia. El pueblo de los Estados Unidos continúa progresando, pero a la manera de una piedra que fué lanzada por un brazo que ya no existe para renovar la fuerza del proyectil, cuando ésta se agote.

La civilización norteamericana atraviesa, además, por una crisis grave, originada por la rebeldía de la mujer a no ser sino un puente, por donde fluye la vida con el trascurso de las generaciones. No sé hasta qué punto puede resistir un pueblo novedad tan profunda como esta de la emancipación de la mujer. ¿Querrán las mujeres emancipadas tener libremente los hijos que antes tenían por no saber la manera de evitarlos? Sólo dentro de un medio siglo se podrá contestar a esta pregunta. La hora actual es de seria espectativa. No sabemos si es el principio de una edad mejor o el fin de la civilización.

Pero, al ideal de Rodó le falta, desde luego, la fuerza. Carece de poder. Es un ideal impotente hasta por definición. Puede servir para entretener el ocio de una burocracia educada y perezosa. Servirá casi seguramente para desviar hacia las carreras burocráticas y hacia las profesiones liberales a los mejores espíritus, que acaso habrían realizado mejor labor y más patriótica consagrándose a la banca, a la indus-

tria, a la agricultura o al comercio. Este es el peligro grave. En los Estados Unidos, los norteamericanos dirigen la casi totalidad de sus empresas de negocios. En cambio dejan que sean irlandeses los que ocupen buena parte de las plazas burocráticas y hasta los cargos de caciques de los partidos políticos. ¿Y no es más sólida esta política que la de las provincias castellanas, donde no se dedican al comercio y a la industria sino los jóvenes que no han conseguido ingresar en las carreras del Estado?

Cuando pienso que en estos veintisiete años de independencia ha pasado a propiedad de lor norteamericanos el 85 por ciento de los ingenios de Cuba, cuyo tanto por ciento era precisamente el que poseían los cubanos en los tiempos de la dominación española, se me suben las lágrimas a los ojos. Esto es lo que hay que evitar en el resto de América. Lo que no se evita con el ideal de Rodó; pero se evita con un ideal en que el poder económico reciba la dignidad que le es debida.

Madrid, noviembre de 1925.

(La Prensa, Buenos Aires).

De política mayor y menor



...No me propongo sino dar respuesta a preguntas implícitamente contenidas en algunos rumores, o en gratas curiosidades de amigos.

No soy un creyente de la política. Estoy tan lejos de ahí, como de Mahoma. Si fuera posible realizar una política superior, en ella pondría devociones. Pero creo que de participar en la mezquina política que diariamente nos rodea, debemos tratar de hacerlo con nobleza.

Antes de leer en *Le Politique* a Barthou, había leído a La Bruyère; y permítase el alarde, en horas de mocedad había leído a Maquiavelo. Y lo quo es peor, a Lord Hamilton. Pero sin necesidad de leer todo eso, soy ciudadano costarricense y he tenido oportunidad de apreciar la significación de la política. Más de una vez he estado a punto de asfixiarme entre sus farsas.

No soy siquiera devoto, en realidad, de nuestras maneras de hacer gobierno, dentro de las cuales tanto predominio conquista, trasgrediendo conveniencias nacionales, la mediocrización de todos los valores.

La democracia misma, considerada en si y en su estado actual, me inspira menos confianza cada vez, muy a mi pesar. Sobre todo, después de ataques que juzgo formidables, como el de Henry Adams, por ejemplo. Sin contar los mil clamores de inconformidad que irrumpen del mundo.

A veces me inclino hacia la creencia, con vista de los casos de Rusia y de Italia, de que lo más importante no reside en que gobiernen las mayorías, ni tampoco en que gobiernen las minorías, sino en que funcione una organización capaz de realizar ideales de justicia. Puede ser que se entienda que tal encarecimiento de la justicia propende a desvalorar el concepto de libertad; pero en el fondo tiende, al contrario, a confirmarlo, aunque traduciéndolo a un plano más elevado quizás. Es claro que tal creencia, que no entraña novedad, no atina a excluir los problemas relativos a medios de obtener y vitalizar aquella organización; ni los concernientes a la forma mejor de las que ella pudiera asumir. Como tampoco se quedan excluídos, ni menos por solución, otros fundamentales problemas.

Confío poco en instituciones. Confío más en los hombres. No creo, desde luego en la posibilidad de gobiernos ideales. Creo en los gobiernos mejores que otros, vale decir, en los gobiernos aceptables. No consigo deslindar al gobierno del medio en que actúa, como no consigo aislar a éste del *habitat*, ni de su raza y tradición histórica. Cuando mil y mil y mil ciudadanos miran las funciones públicas como oportunidades de tráfico codicioso, bien les va a los gobiernos mejores si logran sustraerse siquiera un poco a la presión de ese ambiente de piratería.

Creo que Sarmiento representó un ideal, sobre todo por comparación con otros gobiernos de su admirable país; pero Creo que Rosas representó, a su modo, dolorosas necesidades sociales, No obstante, no me hago la ilusión de que sea siempre forzoso que las opiniones de hombres o grupos representen necesidades sociales. La doctrina de los Simmel y otros preconizadores de *élites*, me atrevería a glosarla con esta apostilla: «a veces».

Sin embargo, me atrae la tesis de que hay circunstancias, cuyo *substratum* en realidad ignoramos, en medio de las cuales la historia se esquematiza como obra providencial, según es sabido que pensaron altos espíritus. Y en cuanto a esto, fácilmente creería en una probable conciliación del idealismo de los Gentile, Casotti, etc., y del criterio de la sociología marxista.

Tengo fe en los ideales. Pero no desconozco la función de los intereses meramente prácticos. Wilson jugó su papel. Clemenceau, ha jugado el suyo. Se cuenta de Lloyd George que con su ironía inglesa, comparaba al primero con Cristo y al segundo con Napoleón. Esto nos sugiere que lo deseable sería llegar a Cristo sin pasar por Napoleón. Pero a veces es imperativo, para hombres y pueblos, pasar por ahí. Mas si dogmatizamos, o generalizamos con exceso, y establecemos que aquel es el único, o siquiera el mejor camino, entonces entramos en la sombría conducta jesuítica. Y dentro de ésta perdemos por vivir las causas del vivir, para recordar al poeta. Entiendo que el sentimiento trágico de la vida consiste, en mucho, en confundir fines y medios.

Insistiría en que la empresa de Wilson entraña una suprema lección. A medida que discurre el tiempo, es más visible que la actitud de aquel grande hombre tenía fuente y arraigo en verdaderos ideales, en contraste, así, con la obra estrecha de los simples hombres de Estado. El era apostólico; aunque quizás sería preferible decir que él era un verdadero hombre de Estado, por oposición a los que sólo son *leaders* políticos, brillantes, pero fugaces.

Wilson demuestra, una vez más, que el mundo no puede carecer de los valores, de los poderes morales, por más que parezcan prevalecer los más bajos móviles de acción.

Todas las fuerzas, las grandes fuerzas materiales—oro y acero—hubo un momento en el cual, como bestias amaestradas, estuvieron sujetas a la voluntad, iluminada de ensueño, del idealista.

He de añadir que prefiero los hombres de Estado a los simples políticos. En Costa Rica incurrimos en frecuente confusión a ese propósito, sin duda por escasez de los unos y abundancia—ya parasitaria—de los otros. En los primeros, cuando menos hay respeto por principios y visión de problemas de gobierno. En los segundos, o nada hay de eso, o, lo que es quizás más grave, hay una simulada y acomodaticia visión de principios. Es más peligroso el político disfrazado de idealista, que el político sin antifaz. Porque aquél desacredita la función de las ideas.

Dadas esas consideraciones, la neutralidad suele tentarme. Pero ocurre que la neutralidad es inerte. Parece estar en su lugar entre los polos de las herraduras imantadas. No obstante, a veces se puede ser neutral como forma de oposición a lo que se encuentra.

Y luego piensa uno en el dicho de los mayores: nada hacemos con no meternos en política, si ésta se mete con nosotros. A veces se trata de que la montaña viene hacia nosotros. A veces, es simplemente que la mascarada nos pasa por la puerta.

De suerte que mientras yo no sea habitante de la Luna, quiera o no, ya de cerca, ya de lejos, alguna preocupación me causan las actividades políticas de mi país, si bien siento una invencible antipatía hacia la mayor parte de los procedimientos que la política emplea. Se diría que en La Celestina están pintadas de mano maestra.

Y como no rigen, pues, mis sentimientos, sino los hechos y realidades, procuro conciliar aquéllos y éstos en un emparejamiento decoroso.

Escojo el camino que me parece el mejor dentro de las circunstancias de cada oportunidad; y hago el esfuerzo de ponerle bridas a egoísmos y vanidades, a fin de apreciar lo que a la comunidad le conviene. No urge recurrir a esfuerzos heroicos. Vanidad y egoísmo escuchan reflexiones cuando éstas les hacen comprender que bastante sa-

tisfacción obtienen de nuestro pecar cotidiano. O si acertamos a persuadirlos de que si hubiéramos de satisfacer todos sus apetitos, no terminaríamos nosotros de dar ni ellos de pedir.

Es algo similar a lo que con los ideales ocurre. Si, conforme a la parábola, la mano no alcanza hasta la rosa, siempre sirve el gesto para señalar hacia el cielo.

A veces nos contentamos con una ingénua satisfacción infantil. Un confite nos mata la ilusión de un juguete.

Importa conservar una posición noble, a todo trance.

Si hay error en el camino elegido, el desinterés, en cambio, atenúa la responsabilidad que el error encierra.

Pero, me dice Ud. amigo, recordando el cuento de la cabrita, ¿y si mientras nos entretenemos en disqusiciones viene el lobo y nos devora?

Ese es, precisamente, el mayor riesgo. Los políticos son fuertes. Si viene el lobo, es casi seguro que nos devora.

OMAR DENGO

(La Tribuna, San José de Costa Rica).



¿Qué hora es?...

—Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.—

América autónoma

No basta instruir, hay que enseñar a trabajar

TODAVÍA hay que mandar a Europa o a Estados Unidos a nuestros muchachos cuando se les quiere dar una educación práctica o una preparación cualquiera que no sea lo clásico profesional (abogado, médico, etcétera). Son bien limitados los mecanismos escolares nuestros, y los de toda la América Latina, y, como que son principalmente teóricos, preparan para la abstracción, para el verbalismo y la especulación y no para las mil formas de la producción moderna, compleja, intensa. Para esto hay que acudir a la enseñanza integral y práctica.

De día en día, cada vez más, tiene que sentirse que la instrucción no condice con las necesidades y aspiraciones reales de la vida moderna, puesto que se la encamina aún como adorno más bien que como herramienta, y es así que cuando asistimos a pruebas escolares vemos con pesar y sorpresa que todos ahí, niños y mestros, parecen estar en un torneo literario, anacrónico, ocupados de juegos florales, mientras rugen y ruedan por fuera los motores ansiosos, reclamando su actualidad, la realidad de la vida.

Bien sé que es grato a los patrioteros el consolarse y aun expandirse con el enorme progreso alcanzado en breve tiempo, que es el mismo que nos ha atiborrado, quieras que no quieras, por un proceso semejante al que determina la ley de nivelación en los líquidos, y es fácil comprender que no sería menos práctico que ese patrioterismo fácil y barato el que nos empeñásemos en ajustar una institución tan esencial como es la escuela a sus fines naturales: la eficiencia.

Lo lamentable es también que siendo pueblos nuevos no seamos pueblos modernos. No es moderna una sociedad porque date de tal o cual fecha reciente su constitución. Todos, tanto los americanos como los del viejo mundo, arrancamos por igual del antro mismo de los siglos prehistóricos, y lo único que puede caracterizar nuestro modernismo es el hallarnos en contacto con la actualidad y capacitados para aprovechar de los nuevos elementos de acción. En todo lo demás podemos seguir siendo anticuados como los románticos del siglo pasado.

Conviene también aclarar otro concepto que puede extraviar. No es eficiente un pueblo porque tenga mucha riqueza. Lo que caracteriza la eficiencia es la aptitud para obrar fundamentalmente, o, en una palabra sola, para ser más claro y hasta redundante: para ser *eficaces*. Véase lo que pudieron poner de manifiesto los estadounidenses durante la guerra, los prodigios de su capacidad y fecundidad productora!

Para llegar a dicho resultado es preciso ceñir la ideología y la acción a las conquistas científicas, que son las que van determinando la evolución y el progreso humano, substancialmente, y marchar por ahí con fe; aun cuando nuestra metafísica se enmarañe en cualquier orden de quimeras.

Si formulásemos un balance de lo que hacemos nosotros los sudamericanos, y comparásemos el resultado con la çolumna enorme de lo que podemos hacer para adecuar nuestros métodos de educación y de acción según los tiempos, nos espantaría la confrontación. Y acaso, por eso mismo que presentimos, es que nos es tan grato hablar de que somos nuevos pueblos, sin caer en la cuenta de que esto es más bien una agravación, en fin de cuentas, por cuanto nada permite más y mejor optar por los arbitrios más modernos que el no sentir las trabas de la vejez.

Lo que hay de cierto es que nos hemos equivocado en nuestro plan, si acaso hubo un plan de orden autónomo, en vez de una ausencia del mismo, que nos hizo caer en la imitación, y en una imitación ya sea incompleta o errónea para encaminar las legiones escolares por la vía más directa de consecución; y es eso, precisamente, lo que debemos rectificar.

Esta falta de método es la que explica las incongruencias del ambiente, así como el desconocimiento del mismo. Aquí, donde tanto hay que hacer y donde la actividad debiera ser toda constructiva y febril, nos sentimos más bien estructurados para lo superfluo y lo fácil antes que para lo que demande un esfuerzo hondo y tenaz. Esta deficiencia impide encauzar convenientemente las energías intelectuales del pueblo en las múltiples formas productoras constructivas, energías pujantes y preciosas que debieran ser atendidas con tanta mayor solicitud cuanto que se las ve bregar por abrirse paso, y aun prosperar en algunos sectores, bien que hayan quedado libradas a su propio esfuerzo. En un ambiente como el nuestro, que, por las propias facilidades que ofrece la vida, inclina a la indolencia, este esfuerzo es doblemente respetable y digno de protección.

Si el esfuerzo científico tiene ya, por su propia índole, arraigo y aun organización en nuestro ambiente, aunque no tenga todo el apoyo que merece su fecundidad incomparable, el esfuerzo industrial, en cambio, ofrece un cúmulo de omisiones a deplorar.

Otra de las peculiaridades que ofrece la falta de una organización escolar es el abigarramiento y la incoherencia. Al lado de instittuciones seriamente constituídas vegetan otras que no pueden prosperar a falta de organismos complementarios, ya sea de preparación o de aplicación, indispensables para su funcionamiento eficaz. El mismo sacrificio que se hace para mantener estos organismos, sería mucho más fructuoso si nos aplicásemos a adecuarlos y ordenarlos según un plan razonado e integral.

Ya se empieza, desde la escuela, por omitir la industriosidad congénita del educando, en la edad en que todo llama a la acción, y se diseminan así las energías infantiles en un caos de abstracciones incomprensibles, que tienden a deformarlo y a desarraigarlo de su ambiente, y con ese bagaje tan incompleto como ineficaz es que egresa para entrar en la lucha por la vida, en plena realidad.

Sólo el pensar en los defectos depresivos que produce la imposibilidad de encaminar, desde la escuela, las energías del pueblo hacia su finalidad natural, por las vias vocacionales como las mejores, nos induce a creer en la necesidad y aun en la urgencia

de adaptar nuestro régimen de enseñanza a las exigencias positivas de nuestra vida. Es hasta cruel deformar la estructura natural del educando, cuando no disolverlo frente al muro chino de un enseñamiento teórico, largo, complicado, abstracto, e inconducente.

Y lo es tanto más a medida que todo reclama una constante renovación de nuestra actividad. Es desesperante no saber qué hacer con los músculos y con las manos, ni cómo aplicar el ingenio y el afán de productividad y mejoramiento, que es la forma orgánica, la más auspiciosa; y ¿cómo puede satisfacerse esta necesidad, si se comienza en la escuela por prescindir del ingenio del alumno, así como de sus manos y músculos, para llenar su cerebro de verbalismo?

Si así egresan los escolares, con bases tan precarias, no es mucho más lo que se ofrece después por vía de complementación. Admitido que el egresado escolar conserve aún arraigo en la realidad, a pesar de la instrucción que pretenda desarraigarlo, y quiera intervenir en las formas de productividad y enriquecimiento, en vez de buscar acomodo en la vida profesional o burocrática, ¿dónde está el centro de manipulaciones y ensayos abierto a la iniciativa, si antes de intentar una empresa se desea obtener una previa preparación? ¿Dónde está escalonada la experimentación dispuesta a facilitar el desenvolvimiento de la capacidad industrial del pueblo? ¿Dónde está el método pedagógico dispuesto a plasmar la capacidad criteriosa y práctica del pueblo?

Todo esto brilla por su ausencia. El que quiere ser médico, abogado, ingeniero y hasta hombre de letras, encuentra todas las facilidades posibles, pero no así el que, por su vocación, quiere emplear sus actividades en las innumerables formas prácticas de la industria. No hay que demostrar el enorme perjuicio que esto acarrea a nuestra economía social.

Si no fuese porque la realidad se impone, a pesar de todo; si no fuese por la iniciativa privada y la de algunos espíritus emprendedores, que bregan, valientes, contra viento y marea, la tarea de alcanzar nuestra eficiencia como pueblos y como raza quedaría punto menos que relegada. Es en esa refriega global en la que unos triunfan y otros fracasan, donde se va formando la escuela del trabajo productor, en ausencia de los métodos de enseñanza.

No puede dudarse de que sería mucho menos áspera y cruenta esa lucha, y mucho más fecunda también, si las instituciones escolares hubiesen escalonado, desde el comienzo, las disciplinas conducentes a la eficiencia del pueblo con un criterio razonado y práctico. Si, por un lado, atenta la estructura congénita del educando, y, por el otro, atentas las modalidades ambientes, se hubiese relacionado el esfuerzo a la finalidad, ya estaríamos muy preparados para manifestarnos como raza apta y fuerte en los destinos mundiales. Y esto, dada la opulencia de nuestros territorios y nuestra fe eminentemente pacífica, habría de permitirnos no sólo brillar, sino también ser de utilidad, de gran utilidad para los demás.

Como quiera que sea, si hasta hoy hemos podido vivir y aun prosperar procediendo sin plan, por medio de acumulaciones a menudo inconsultas, en vez de proceder por selecciones juiciosas, en adelante debemos de tratar, ante todo, de ajustar las instituciones nuestras a su finalidad natural, para que alcancen la fructuosidad posible, y luego hemos de complementarlas, de modo que puedan florecer todas las formas productoras, todas las formas investigatorias, mediante la experimentación, que es la fuente más fecunda y segura de trabajo serio y proficuo.

Por ahí llegaremos, por de pronto, a trabarnos a fondo con nuestro ambiente, en el que vivimos sin suficiente arraigo, y a veces hasta desorbitados, como si nos halláramos fuera del medio mejor, según debe serlo el propio medio para cada unidad biológica, y esto traerá un propósito de constante mejoramiento, idéntico al que anima al dueño de casa respecto de la misma. Por lo demás, esa es la forma más natural, más lógica y digna de encarar la vida; y es por la educación que se prepara a disfrutar de esa forma superior de convivencia.

El ideal pedagógico sería aquel por el cual puede seguirse al escolar desde el primer banco hasta la plenitud de su capacidad productora, auxiliándolo en el desarrollo de sus aptitudes vocacionales, a fin de diversificar las maneras de producir más espontáneas—lo cual tiende a dar variedad y complejidad al ambiente—y para darle su máxima aptitud productora intensiva. No sólo se aumenta y se mejora así el caudal productor social, sino que se dignifica la condición individual, por cuanto un trabajo dispuesto de tal suerte es siempre grato, por emancipatorio, mientras que el trabajo realizado en oposición a las peculiaridades vocacionales es trabajo de esclavos.

Por dicha vía llegaremos más pronto al conocimiento de nuestro ambiente, el que ha de darnos elementos de juicio más ciertos acerca de nuestra obra de americanización autónoma, y ha de sugerirnos los arbitrios más seguros y más prósperos. Por la misma vía es que hemos de llegar también a no requerir plumas ajenas para vestirnos, lo cual, si puede sobrellevarse individualmente, no puede tolerarlo la dignidad de un pueblo, y menos aun la de una raza.

Hay que trabajar; hay que producir; hay que adecuar; hay que inventar; hay que conectar las energías de la raza con la productividad máxima, en calidad y cantidad, según se conecta un motor con una sierra, por medio de una correa: la correa es la educación integral.

PEDRO FIGARI

(La Nación, Buenos Aires).



El Congreso Panamericano de Periodistas

VA a reunirse en Washington un Congreso Panamericano de Periodistas. Las invitaciones han comenzado a circular. Como centenares de reuniones de esta clase, se trata de cumplir un programa bastante banal y que no expresa las exigencias mentales y sociales de la actual realidad continental. Desde que se consumó la independencia política de nuestros pueblos se ha celebrado multitud de reuniones de esta índole que no han tenido fin práctico alguno que preparar el espíritu hispanoamericano a la dominación exclusiva y voraz de Estados Unidos.

Sin temor a equivocación se puede afirmar redondamente que estas asambleas, repitiendo lustro tras lustro la muletilla del panamericanismo, no han tenido más contenido ideológico e histórico que la usurpación sistemática, la dominación cada vez expansiva de las débiles repúblicas del Sur, y han contribuido en grado máximo al atraso y a la explotación de nuestra raza.

Así lo han comprendido los espíritus más enérgicos y penetrantes que han levantado su voz y su acción contra este equívoco que nos ha envuelto en una red capciosa e inextricable. Vivos están aún en la conciencia del Continente y del mundo las manifestaciones y los resultados de esta dirección espúrea de nuestra vida.

Territorios mejicanos, colombianos, antillanos, tratados de comercio leoninos, concesiones que restringen la independencia nacional, misiones militares y navales, empréstitos de Wall Street, todo esto y más, ha sido el resultado de esta zarandeada corriente panamericanista que ahora vuelve a tener una nueva manifestación que ha de preparar en lo futuro quién sabe qué usurpaciones inconfesadas.

Si mal no recordamos, el año pasado se lanzó una iniciativa para un congreso libre de intelectuales hispano-americanos. La idea sólo fué acogida por el grupo más selecto de escritores de la raza. No tuvo más resonancia que este acogimiento. Los gobiernos, ciegos a todo aquello que más interesa a nuestros pueblos, no se preocuparon, ni poco ni mucho, de una reunión que estaba destinada a señalar las orientaciones definitivas de nuestras nacientes nacionalidades. En cambio, contrasta la facilidad con que se realizan las iniciativas panamericanistas que llevan en sí la tradición secular y que no tienen ningún peligro efectivo para los fines de Estados Unidos. El lector puede comparar.

(El Norte, Trujillo. Perú).

En la tierra de Renán

Sólo en Tréguier supe que Noemí Renán, a quien creía instalada en París, vivía cerca de Perros-Guirec y que había venido aquí sólo por asistir al entierro de su inquilino, el señor Filoux. En camino de Tréguier a la playa de Perros-Guirec, fué el cochero quien me dió las señas de su casa.

—¿Usted sabe dónde vive madame Renán?

—Sí, señor; justamente allá se ve el techo rojo de su casita; mírela, detrás de aquel cerro.

Sin previo anuncio de visita, y sin cambiarme el traje de viaje, llamé tres horas después a la puerta de una casa que en el muro exterior tenía una tablita con este letrero: *Petite Frou-Frou.* Salió a abrirme la misma Noemí, rodeada de su familia. Le dije que iba a visitarla, y con la mayor naturalidad me mandó entrar,

La casita en que vive la hija de Renán queda situada al lado de un cerro, con magnífica vista al mar, entre las playas de Trestrignel y Trestraou, en jurisdicción de Perros-Guirec, puerto sobre el mar de Armórica. Es una casita de ladrillo, de dos pisos. con un jardincito en torno, cercado por un muro de piedra, sobre el cual caen las ramas de algunos pinos. La sala donde nos sentamos tiene una ventana abierta hacia el mar, y fué cerca a esa ventana donde conversamos.

Al enterarse madame Renán de que era colombiano, sonrió y en seguida me citó cuatro o cinco nombres de amigos franceses que le habían hablado de Colombia como de un país de mucha cultura intelectual.

Al decirle que era admirador de su ilustre padre y que había traducido algunas páginas de sus obras, se manifestó muy complacida y me preguntó cuáles páginas había traducido, y al oírlas se mostró mucho más risueña. Luego se levantó y me dijo:—Vea usted este magnifico retrato, Hé aquí algunos de sus libros. y, tomándolos, fué mostrándome las dedicatorias: *Andrés Cornelis.* A Ernest Renan, son admirateur. P. Bourget; *Portraits Intimes,* A Renan. E. de Goncourt; etc., etc. Luego me mostró algunos grupos de familia y una fotografía de la estela erigida en Rosignol a la memoria de su hijo Ernesto Psichari, colocada en el mismo sitio en donde cayó el 22 de agosto de 1914. Madame Renán tomó la fotografía, se sentó al escritorio y me la dedicó.

La conversación rodó entonces sobre los más variados temas, relacionados con la vida de Ernesto Renán,

5. Una visita a Noemí Renán



su infancia, su juventud, su muerte. Luego habló de sus hijos:

—Fueron cuatro, dijo: Ernesto, el mayor, y Miguel, ambos muertos por Francia apenas principiada la guerra en Rosignol y Champagne. Miguel casó con Suzanne France, hija del primer matrimonio de M. Anatole France, y queda de él sólo Lucianito, de 17 años, que es biznieto de mi padre y nieto de M. France, Mis hijas viven conmigo: Eufrosina, casada con el doctor Revault D' Allone, médico, que es la que está presente y que tiene dos niñas, María Elena y Juana, y tres niños, Gabriel, Olivier y éste, que es el último y se llama Miguelito por su tío Miguelito Psichari, biznieto de Renán, es un guapo y simpatiquísimo niño, de cinco años. Mi otra hija, la más joven, se llama Corrie, el mismo nombre de mi madre (Cornelia Scheffer) y está recién casada con el señor Roberto Siaham, compositor de música, el joven que vió usted al entrar.

Noemí Renán guardó un momento de silencio, que aproveché para preguntarle si su padre les había dejado alguna fortuna, Entonces, dirigiendo la mirada en torno de la salita, con un dulce gesto de conformidad me contestó: por esta casita en que vivimos podrá usted juzgarlo...

Cambié la conversación, pero ella agregó: mi padre no sabía nada de negocios; todo su pensamiento y voluntad los tenía concentrados en su trabajo, en el cual era incansable. Todo lo demás no existía para él.

Entonces le dije:—Y ¿Rosmapamón?

—Nunca fué de mi padre; queda cerca de Perros [1]

Luego insistí: pero los señores Calmann-Levy, sucesores de Miguel Levy, el primero que editó los ensayos de su padre, le rendirán algunas cuentas. A lo cual contestó:

—Ah! Los señores Calmann-Levy son excelentes personas! Oh, sí, muy buenos!...

Hubo otro silencio, en que hablamos de la salud de M. Anatole France, sobre la cual los periódicos traían tan intranquilizadoras noticias. Con todo, dijo ella, y a pesar de su avanzada edad, no temo por ahora un desenlace fatal.

La visita se había prolongado demasiado y como me levantara para entregarle mi tarjeta y anotar en ella mi dirección en París, mientras la escribía se acercó y me dijo:

—Esta casita se llamaba antes, y aún tiene puesto el nombre, *Petite Frou Frou,* mas, se lo he cambiado por el más bello de *Guindy*, en recuerdo del río de Tréguier, pero mi dirección permanente es, rue Chaptal, Espero que a su regreso de Grecia nos veremos en París. Será un placer para mí verlo en mi casa,

Y ya fuera de la casita:

«No olvide: rue Chaptal, es en Montmartre», palabras finales de aquella despedida, con las cuales quería Noemi Renan prevenirme, sin duda, contra la extrañeza que más tarde pudiera causarme el encontrarla habitando un barrio pobre de París.

La impresión que me dejó aquella mujer, auténtica bretona, de 64 años, aunque su aspecto físico revela menos, pequeña y delgada, los cabellos aún no todos canos y bien peinados. labios delgados, ojos grises a través de sus anteojos blancos y todo su rostro con un aire apacible y sencillo y al propio tiempo lleno de seriedad y dignidad: la impresión que me dejó la visita a Noemí Renán hasta por su vestido—el mismo que usan las señoras dentro de casa en las ciudades de vida tranquilla y monótona de Colombia,—fué la misma, exactamente la misma, que me han dejado las visitas que hagó siempre, cuando voy a Buga, a las antiguas amigas de mi madre.

Y esta es la misma Noemí Renán, inmortalizada por su padre en sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse,* al narrar un tierno idilio de amor de su niñez; la misma que cuando M. Combes, jefe del Gobierno de Francia, inauguró el soberbio monumento de Ernesto Renán al lado de la catedral de Tréguier, y cuando M. Poincaré, jefe también del gobierno francés, celebró, hace apenas seis meses, ante ese mismo monumento el centenario del insigne sabio y escritor, es la misma que, sólo en cumplimiento de sagrados deberes filiales, ocupó puesto de honor en medio del gran mundo oficial, científico y literario de Francia.

Noemí Renán es una dignísima hija de su padre, que nunca, a través de la buena o mala fortuna, dejó

---

(1) Cuando días después me preparaba para ir a visitar a Rosmapamon, una persona distinta de Noemí Renán, me dijo: «No vaya usted: el dueño es de los de la *Action Française* y puede no recibirlo bien. Desistí del paseo y no quise saber el nombre de aquel reaccionario.

de ser lo que era: un aldeano bretón, hijo de humildes pescadores de Bretaña, en cuya familia la pobreza había sido siempre tradicional y hereditaria. Por eso en las últimas páginas de su *Souvenirs*, escritas poco antes de emprender el gran viaje, la primera de las cuatro virtudes que se atribuyó, fué la pobreza, virtud de los grandes bretones, del austero Lamennais, del modesto Brizeux y del fastuoso y sin embargo, paupérrimo, Chateaubriand, de cuyos esplendores y miserias nos ha hablado Maurice Levaillant, insistiendo en el habitual y natural desprecio con que trataba el vil metal.

Noemí Renán es de la raza de esas mujeres del pueblo que han dado siempre a Francia sus sabios, sus santos, sus héroes y sus poetas, y que como la madre de uno de los últimos Presidentes de la República, no dejan sus gallinas por ir a conocer a París y el Elíseo.

Esa es la gran señora a quien tuve el honor de estrechar la mano en estas encantadas costas de Bretaña, del legendario país de Goélo, afortunada tierra de Renán.

CORNELIO HISPANO

Tréguier, 29 de septiembre de 1924.

El hombre que evitó la revolución

París y octubre, 1925

ALFONSO Merrheim era un flamenco francés, un calderero del Norte, de ese país rojo y negro, de las hullas y las fraguas. Llegó a ser, en París, secretario de la Federación de los Metales. Era el tipo perfecto del funcionario sindicalista. Metódico, inteligente, inflexible, pero comprensivo; puro, mas nada demagógico. Su físico era menudo, sólido y vibrante. Era el músculo hecho nervio. Conservaba ese carácter manual que suelen conservar los obreros intelectuales. Su espíritu se había subido de la mano a la cabeza. No era, pues, un hombre de acción. Era un hombre de contraacción. Se hubiera podido predecir que sería un contrarrevolucionario. Sin embargo, el hombre de acción, la cabeza que va a la mano, el intelectual revolucionario, Trotski, vió en Merrheim el espíritu revolucionario de Francia. Durante la guerra, en efecto, el secretario de los Metales, de los metales con que se hacían las municiones, fué el coco. Una huelga metalúrgica podía fraguar la revolución. Merrheim no había entrado en la unión sagrada, era el jefe de la minoría sindicalista contra el secretario general, Jouhaux. Merrheim publicaba en el periódico de la Federación de los Metales lo que no permitía decir la censura. Merrheim fué a Suiza, en plena guerra, a ponerse de acuerdo con los sindicalistas de todos los países, incluso y principalmente de Alemania. Trotski fué expulsado de Francia por conspirar con él. Merrheim fué uno de los puros a quienes la corrupción de la guerra no corrompió y uno de los valientes a quienes no aterrorizó el terrorismo de la guerra.

Cuando Clemenceau llegó a la dictadura del Poder, lo llamó a su despacho. De esta entrevista histórica y que no pasará a la Historia se han dado muchas versiones. Ninguna de ellas pone en duda la pureza ni el valor de Merrheim, aunque éste no salió siendo el mismo. Es decir, siguió siendo el mismo hombre puro y valiente. Sus mayores enemigos, sus antiguos amigos, no le han negado nunca el valor y la pureza con que se revolvió contra la revolución rusa. Le creían enfermo. Y enfermo estaba cuando salía arrastrando los pies de las reuniones revolucionarias al final de la guerra. Salía de rasgar su historia y su prestigio por oponerse a la revolución. Si él hubiera querido, en aquellos momentos, Jouhaux, el reformista, hubiese perdido la Secretaría del sindicalismo francés, y toda la organización obrera habría seguido a Merrheim, secretario de Estado del sindicalismo revolucionario. Pero Merrheim había perdido la fe en los obreros franceses. Se había visto tan solitario durante la guerra, que les creía demasiado corrompidos. Lo decía. Por su posición moral y política, ninguna palabra podía producir más efecto contrarrevolucionario que la suya. En la medida en que los hombres disponen de los grandes acontecimientos, cabe decir que Merrheim fué entonces el hombre que más contribuyó a evitar la revolución en Francia, y, por lo tanto, en Occidente. Continuó siendo secretario de los Metales; pero su nombre se fué oscureciendo como el resplandor del sindicalismo. La contramarcha de su espíritu había roto los resortes de su cuerpo. También la gente del pueblo tiene sus dramas shakespearianos. Merrheim acabó por perder la razón. Ha muerto en un manicomio.

El señor Caillaux, que, perseguido durante la guerra, encontró en Merrheim uno de sus pocos defensores, ha enviado una corona al entierro.

CORPUS BARGA

(De *El Sol*. Madrid).

Primeros cuentos de Rubén Darío

Todo buen poeta es buen prosador: axioma. Apuntamos entre los modernos: Goethe, Swinburne, Poe, Hugo, Bécquer, Darío. Entre la prosa superior y la poesía de excelencia la distancia es mínima. Los modernos así lo han comprendido. Demostración: El verso libre y la prosa rítmica. La rima (¿será verdad que es el producto de nuestro barbarismo romance... o romántico?) es sólo una licencia literaria.

Si Rubén Darío es por sus *Prosas Profanas* y sus *Cantos de Vida y Esperanza* el poeta lírico por antonomasia, por sus *Raros* merece ser llamado el prosista más elegante, más gracioso de los tiempos modernos. Desde muy joven evidencia esa exquisitez propia de los artistas verdaderos, esa distinción que señala la mano fina y la palabra melodiosa. Fué culto, fué, con perdón de los profesionales, erudito, pero esto no era bastante para él y su erudición sólo le sirvió para purificar su gusto artístico. Pudo haber sido un helenista o un latinista de renombre; pudo, por su maravillosa intuición y por su conocimiento de la lengua antigua, haber sido el comentador autorizado de nuestra anteclásica literatura; Gracián y Góngora habrían tenido en él un explicador fino y certero. Pero Darío bebió de toda fuente para elevarse, refinarse, concretarse en su bien chapada aristocracia. Y con esto nos dice que ya desde mozo él conocía su valer y sus posibilidades. Estos dos hechos explican toda su actitud: nunca hizo crítica histórica; nunca tradujo.

Cultivó el cuento desde temprano. Sus *Primeros Cuentos* ya son de pluma de cisne, no de ganso. Lo más selecto del léxico busca hogar en estas páginas. Se nos habla de «Rosas que parlan dulcemente», «lánguidas baladas», «soñadoras del divino país de la armonía», perlas, palomas, lirios, lunas, lotos, ruiseñores, viñas, sátiros, centauros, pavos reales. Todo lo de bien sonar, todo lo que denota refinamiento principesco está en sus primeras líneas. Se siente una alegría de juventud lírica y heroica al leerle; parece que se palpa sedas, se gusta mieles, se besa bocas en flor, se escucha aladas músicas. Acaso su prosa no siempre sea castiza, como dicen los preceptistas, pero ¿qué importa? Acaso, desde Nebrija hasta Casares, una legión de «defensores de la lengua» le habrán hecho agresivos gestos porque fué irrespetuoso con nuestra abuela gramática. Bien sabido es que Valera le acusó de afrancesado. Pues bien, comparemos la prosa de todos los escritores modernos, desde Fernán Caballero hasta Galdós, con la de este nicaragüense para ver cómo les supera en harmonía, en gracia, en elegancia y en exactitud. En primer grupo quedan: Caballero, Alarcón, Alas, Valera, Pardo Bazán, Pereda, Galdós; en segundo: Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Benavente, Jiménez, Pérez de Ayala. En el centro: Darío. Decidme: ¿No hay una diferencia de diez siglos entre estos estilos?



Lugones y Darío
Sentados a la mesa familiar, en casa del primero, y en París

En sus primeros cuentos está el Rubén Darío que todos conocemos. *El Dios Bueno* anticipa por su delicadeza la colección de cuentos *Azul*. Lo que en estas historias vale más es el estilo, puesto que la intriga está reducida a su mínima expresión. Sin embargo, en *El Dios Bueno* hay bastante material para una tragedia, que culminaría con esa frase rotunda de Lea: «¡Oh, buen Dios! No seas malo», preñada de angustia y de justicia. No sé por qué se recuerda aquella otra de la mujer de Job, mucho más rebelde: «Maldice a Dios y muérete.» Hay en el libro dos cuentos de Navidad, de una ingenuidad encantadora; dos verdaderos cuentos de hadas, dichos a la madera encantadora de Oscar Wilde.

Betún y Sangre, Cuento ruso, Las pérdidas de Juan Bueno son de un realismo violento, muy matizados por la frescura de la prosa. *La admirable ocurrencia de Farrals* es aún más violento en su final. Es la historia de un hombre que vive a la caza de la peseta (luis, dice Darío y acaso por eso Valera le llama afrancesado). Su mujer cae enferma y como Farrals sabe, o cree saber medicina, él mismo receta y hace de enfermero. Resultado: la esposa muere. Algún tiempo después le encuentra un amigo en el bulevar, mucho más alegre que de costumbre.

—Farrals, ¡cuánto tiempo sin verle!

—¡Vea Ud. la cinta negra de mi sombrero!—me dijo—. Pero ¡se ha perdido!—agregó—¡se ha perdido! ¡A Ud. que le gusta tanto el buen bocado!

—Pero ¿qué, Farrals, que me he perdido?

—¡Las *côtelettes!* Hace dos días enterré a mi mujer. Fueron varios amigos al entierro. A la salida les invité a un *bouilloncito* que conozco por allí cerca, y allí nos dieron unas *côtelettes* de chuparse los dedos. ¡Se ha perdido, le digo, se ha perdido!...

Y siguen en este harmonioso libro más historias de hadas y de temas bíblicos. Todo dicho en un estilo muy del *Cantar de los Cantares*.

Arturo Torres Rioseco

University of Texas.
1925.



Glosas



José María Chacón y Calvo

Velada de música. — Las paredes, en el cuarto de trabajo de José M.ª Chacón, deben contemplarse como quien repasa pliegos de aleluyas. Tantos y tan pequeños son los cuadros que ilustran aquéllas, más todavía que las decoran.

Esta pululación, con pasar de las paredes al sobrepiano, ha pasado también de las artes de la superficie a las del volumen. Forma aquí una curiosa gliptoteca de figuras de Belén, creación sabrosa del *folk-lore* material hispano. Yo adoro, entre esas figuras, la que representa una posada, en cuyo ventanillo aparece abriendo los brazos el posadero, en trance de negar albergue a José y María, que se alejan cariacontecidos, o mejor se diría—dado lo bárbaro de la plástica—cariconfusos... Como el Patriarca y la Virgen dan doble patrocinio onomástico al dueño de la casa, bien puede juzgarse que este humilde icono de barro orna el altar mayor en la morada estudiosa de José María Chacón.

Excelente capilla para el oficio que allí se rezó y cantó una de estas noches pasadas. Y donde acompañaron a la melodía de alguna de las *Cantigas* del Rey Sabio media docena de canciones populares de distintas regiones de España, canciones que acaba de reunir, en una antología de pedagógico designio, Eduardo Torner.

Erudición y emoción mezcláronse así, cuando aquella inolvidable velada, en el punto exquisito donde se olvidan los límites de la una y de la otra. Los pobrecillos José y María sin techo parecieron consolarse con el aura de la música anónima, como, en el relato evangélico, se consolaron con la tibieza del aliento del buey y la mula. Por aquellas caras, casi sin fisonomía, resbaló un poquito de luz. Y vanamente la dureza del infame posadero abría los dos brazos.

A su alrededor, la viejecita que hila el copo, el pastor con sus cabras, los ángeles que sostienen una cintita, los dos Reyes Magos blancos y el Rey Negro, todas las criaturas del tosco Belén, hechas de tierra, habían de fraternizar con «la Enamorada» cuyo amor huye desde el «puertu Ventana» hasta «Leitarriegos», con la «linda amiga», con «l'Esquerpa» y el *Heréu Riera*, con *Rosalinda, Don Bueso* y *El Conde Olinos* — con todos los héroes y heroínas de la Canción popular—hechos de barro también.

Acaba de publicar un libro.—He escrito que Eduardo Torner, músico y filósofo, acaba de publicar una colección de canciones. En España, el acto de publicar un libro suele envolverse en la más densa de las oscuridades. El autor se puede preguntar: ¿Mi libro se ha *publicado* realmente? Sin crítica, sin organización editorial, sin Prensa atenta a las novedades del espíritu, casi sin librerías, en el verdadero sentido de la institución...

Dar un hijo a la Patria es, después de todo, y según infiero, algo más corriente y más fácil que darle un libro. Sin embargo, quien guste de rodear de albricias generales el primer donativo, suele encontrar mayores facilidades de publicidad que quien ha cumplido el segundo. En vista de lo cual me he atrevido yo a aconsejar a algunos amigos autores que participen en sección de «Notas de sociedad» la llegada al mundo de los hijos de propia Minerva, como suele hacerse con la llegada al mundo de los hijos de propia Paquita.

Tal vez para dar ejemplo de ello hoy incluyo, en las glosas sobre una velada de música en casa de un joven diplomático, el anuncio de la aparición de *Cuarenta canciones españolas*, por Eduardo Torner.

Turbaciones.—¡Cuántos misterios, cuántos problemas de estética y de historia en esta maravilla—casi debe decirse: en este milagro—de la canción popular! El Romanticismo, embriagado por el hallazgo, se los planteó débilmente y cortó muchos nudos gordianos, en vez de aflojarlos con paciencia. Mi enorme paisano Milá y Fontanals—cuya sombra docta sentimos cercana toda la noche, entre las paredes poligrafiadas de mi también paisano José María Chacón—fué hombre que, probablemente, se adelantó a su tiempo. Pero más en las cuestiones de historia literaria que en las de psicología popular o de ciencia de la cultura.

Confieso que, a mí, una de las cuestiones de este último tipo, en relación con nuestro cancionero popular, me turba sobremanera. Es la cuestión siguiente: La letra de varias de estas canciones populares revela muy enseguida y muy a las claras una redacción sietecentista, no sólo por su asunto y aire, sino por repetidos detalles, en las alusiones de indumentaria (la «casaca», el «gambeto»), en los vocativos de cortesía (*madama, madamisela)* y, dentro de las canciones catalanas, en los frecuentes castellanismos, morfológicos y sintácticos... Ahora, cabe preguntarse, ¿cómo, cuándo este siglo XVIII, que hoy aparece a nuestros ojos como la encarnación más dura y más fría de lo erudito y clásico, de lo cortesano y excéptico del cosmopolitismo regenerador de toda tradición localizada y de la crítica, agostadora de toda primitividad, pudo tan vigorosa y generosamente fluir una ingenua vena épica? ¿Cómo pueden ser contemporáneos el *Folk-lore* y la Enciclopedia, el Cancionero y *L'Henriade*, la Cierva encantada y el Padre Feijóo?

Sin duda cada uno de aquellos textos ha podido tener versiones más antiguas, luego, no sólo modificadas, sino substituídas totalmente. Las mismas *Cantigas* parece que, en su hora, adoptaron como música aires populares preexistentes, tomando el sistema que aún hoy se practica entre los *chansonniers* parisinos y los proveedores del café-concierto de dar palabras nuevas al *air connu*... Pero, con esta consideración, el problema se desplaza, no se resuelve. Siempre queda por averiguar el por qué el siglo XVIII, un siglo clásico, es *todavía* capaz de inventar versiones poéticas que, al menos por su anonimato, hay que llamar colectivas, mientras que, tras de él, un siglo romántico, el siglo XIX, resulta ya incapaz de hacerlo.

Ignoro si en trabajos recientes de especialistas se encuentra a esta pregunta, una respuesta satisfactoria, o, por lo menos, alguna orientadora insinuación.

Noche de paz.—Pero, en nuestra velada de música, cualquier turbación se sumergía y anegaba en un grande y buen baño de paz.

Aquella noche, todos fuimos muy buenos. Algunos íbamos con la sensibilidad y aun la sensualidad irritada por el paso y el peso—que llegó a ser difuso, dentro del vivir de Madrid—de unas jornadas cortesanas recientísimas... Para nosotros, ¡qué bálsamo!

Suave pareció al pecho, que acababa, por tantas velas, de soportar la coraza rígida de los almidones, el contacto flexible y acariciador de la zamarra pastora.

Pijoán. De su saber.—«Los muertos tienen la vida dura...» También hay ausentes dotados de una obstinadísima presencia. Y digo que no sólo en amor puede la ausencia «avivar el fuego grande», según reza la copla.

¡Cuán turbadora presencia, cuán corpórea fuerza y virtud empieza a adquirir entre los novísimos de Cataluña, la extraña sombra de José Pijoán, lejana y olvidada durante veinte años! Ahora advierten en él, no sólo el más elevado de sus poetas vivientes, sino el único de gran substancia que haya amanecido después de Juan Maragall. El único cuyo sentido ideal no se ha acabado cuando se ha terminado su lectura.

También en Madrid la sombra llama con dobles aldabonazos a la puerta del recuerdo, a la puerta de la admiración. «Realmente fué nuestro compatriota José Pijoán el primero que defendió el origen español en los más antiguos y curiosas ejemplares conocidos hasta el presente y muy especialmente en el *Códice del Pentateuco*, de Ashburnhan...» Así acabamos de leer en el prólogo del catálogo-guía de la Exposición de Códices miniados españoles, organizada por la Sociedad de Amigos del Arte... Sí, fué la gran hazaña, una de las grandes hazañas de aquella precocidad encendida, con tantas llamas de intuición. Aquel mozo desordenado y andariego, aquel pastorcillo del Montseny, cuya zampoña sonaba un poco a quebrado, pudo así dictar una lección de saber concreto y minucioso a los sabios de Europa.

¡No se acaba aquí, no se acaba aquí! Pronto, con la hora de nuevas atribuciones, sonará la hora de nuevas justicias. Nada se salvará con ellas, es cierto. Lo perdido por el desconocimiento y la ingratitud, perdido se queda. Pero nunca está demás demostrarle a España cuán suicida es la impía dilapidación de talentos en que se emplea.

De su poesía.—Me gustaría ver reproducido, y traducido, y comprendido, en algunas series de ediciones clásicas, el *Cançoner*, de José Pijoán. La vocación de humanidad y de salud moral con que amaneció el siglo xx, y que desventuradamente cortó la guerra, acaso en ninguna parte como en este libro de poemas sencillos se exprese en formas tan hondas y estremecidas. En realidad, el poeta y pastor del *Cançoner* tiene, dentro de la historia literaria europea, un hermano, poco más o menos de la misma edad, poco más o menos de la misma sensibilidad. Se llama este hermano *Jean Christophe*. Sólo que el poeta y pastor del Montseny es más puro que el músico y declamador de las orillas del Rhin. Aquél no conoce, por ejemplo, la sátira ni las pequeñas venganzas anecdóticas metidas en la sátira.

Más puro en la forma también. En el verso de José Pijoán no hay nunca esos arpegios vagos y grandilocuentes que Romain Rolland incluye en su prosa, donde la emoción humanitaria parece enternecerse sobre sí misma (como en otras prosas francesas la sensualidad se recrea en sí misma...) No; el humanitarismo, en el nuestro se queda, muy sabrosamente siempre en lo brusco y cortado, en lo adusto y lacónico. Cuando la corriente sentimental suelta en este corazón todas sus aguas y le rinde, el habla, en vez de tornarse cadenciosa, se torna balbuciente,.. Tartamudea, bajo la fuerza del amor, como un niño, en vez de arrullar como una tórtola.

Le falta a este verso de Pijoán, para ser íntegramente fiel a los imperativos de su hora, una forma de humildad, que debía añadirse a lo que ya tiene, la humildad del artesano probo, al lado de la del niño sincero. El tartamudeo del amor no siempre es hijo allí del amor, sino por momentos, al contrario de una cierta frialdad, de una cierta desgana, que de buen grado el decoro ocultaría. Tal vez hay algo de excesivamente nómada en el poeta para que tenga las cualidades, no ya del *ciudadano*, pero ni siquiera del *vecino*. Y ser vecino, cuando no ciudadano; sentirse oscura, modestamente ligado por las trabazones de lo colectivo era, *también*, uno de los deberes del Novecientos... Había de fallar en él parcialmente, quien era pastor, y no menestral; poeta, y no artista.

De su traductor posible.—Me parece ver claro que el traductor deseable para traer la poesía de José Pijoán al castellano sería el cubano José María Chacón. Y también éste quien debiera explicarnos de aquél la vida y el alma.

Chacón, especialista en pastoríos y pastores, hermano mayor del *Hermanito menor*, coleccionista de diseños a cuchillo sobre córnea de cuerno, conservador de una gliptoteca de figurillas de Belén—y luego Chacón, efusivo, humanitario... *político* además—, debería volver los ojos hacia esta historia maravillosa. La del pastor que era arquitecto, la del arquitecto que era sabio, la del sabio que era poeta, la del poeta que era apóstol y que, cuando tuvo alcanzadas todas las excelencias, huyó; huyó sin retorno, quemando detrás sus naves, lejos, más lejos que nadie, más allá que continentes y que océanos; huyó sin adiós, sin encargo, sin voluntad de correspondencia ni de noticia, dejando a su familia nada más una vaga dirección en «lista de Correos»...

¿No es este misterio cien veces más interesante que el de Rimbaud?

De sus obras nuevas y misteriosas.—Se habla en secreto de algunas nuevas, recientes producciones de José Pijoán, llegadas muy ocultamente hasta aquí; tal vez impublicables.

De la vida de un maestro español, escrita como por alguien que hubiese presenciado sus pasos íntimos, pero a la vez como por quien lo hiciera cien años más tarde.

De un documento extraño dirigido, o para dirigir, al Rey de España sobre asuntos actualísimos de política. Actualísimos y candentes. La doble vocación paradójica de Raimunda Lulio no desampara todavía a sus hijos. El desterrado del Canadá quiere advertir al Rey de España, como el solitario de Miramar quería advertir al Papa de Roma.

Estos nuevos acercamientos de la Sombra, que ahora ya proceden de iniciativa de allí, nos llenan de emoción... ¿Y si aquella pérdida, que ya dábamos por definitiva para España, no lo fuese?

Después de todo, este hombre, por su edad, puede tener perfectamente un cuarto de siglo de actividad por delante.

EUGENIO D'ORS

(A B C., Madrid. Junio, 1924).

Alberto Guillén prepara una Antología de poetas jóvenes de América, que editará la casa CALPE de Madrid. Los jóvenes que quieran colaborar en tan loable empresa, diríjanse al Sr. Guillén: Avenida Arica, 328. Lima, Perú.



Letras hispanoamericanas

J. M. Chacón y Calvo



CON el desarrollo cada vez más considerable de las letras, en el Nuevo Mundo español, la crítica se afirma y se vigoriza día a día, tendiendo a tornarse lo que Ernest Hello le asignaba como ideal supremo, y abarcando todos los dominios de la literatura. Así, entre los escritores que se dan a este género podemos distinguir a los *críticos de letras de ayer*, a los *críticos de letras actuales* y a los *críticos de letras extranjeras*. Si bien es verdad que algunos cultivan al mismo tiempo dos de esas modalidades y aun las tres. Entre los primeros entran los viejos maestros que, fieles a las antiguas disciplinas, se ocupan principalmente de trabajos de pura erudición. Pero entran también algunos jóvenes que, conservando el sentido de las letras antiguas, trabajan según el espíritu y el gusto modernos, habiendo abierto así la ventana de la biblioteca al calor de la vida y al viento del instante.

J. M. Chacón y Calvo, cubano, aunque uno de los más jóvenes, es uno de los más interesantes. Muy culto y muy avisado, él une al gusto de las letras tradicionales y al respeto de los métodos científicos, la sensibilidad estética personal y la comprensión del arte moderno, sin ir hasta el aprobación del snobismo siempre falso. El cree que «la formación de una literatura nacional» es uno de los objetivos más altos y necesarios para «los pueblos jóvenes que empiezan a vivir vida propia y de libertad política», como las naciones hispanoamericanas, pues la literatura, siendo una de las formas del «ideal estético» colectivo, del «genio metafísico de la raza», constituye la expresión más alta de la individualidad de un pueblo. Pero piensa que para alcanzar este objetivo nosotros no necesitamos socabar el cimiento de la tradición española, ni modificar nuestro «propio y natural medio de expresión»: la lengua castellana. Al contrario, parécele que hay que conservar esa firme base y cuidar este medio preciso. Así, él se ha dado a estudiar las letras primitivas de su país, con tanto método y discernimiento cuanto minuciosidad y entusiasmo. En pos de darnos un trabajo sobre *Cervantes y el Romancero*, como un homenaje al genio de la raza, ha publicado, con el título de *Literatura Cubana*, una serie de ensayos en los cuales estudia la expresión primordial del espíritu literario: la poesía, en Cuba. ¡Tal vez a causa del esplendor de la naturaleza o del ardor del clima, este país ha tenido numerosos líricos descollantes y antes que los otros pueblos hispanoamericanos. El ha dado aun a la Francia un poeta que, no por no estar ya de moda, deja de ser una figura eminente: José María de Heredia. El florecimiento poético ha sido originado en Cuba, como en los demás pueblos de la América española, por la poesía de la España importada por los colonizadores. La poesía cubana no es, pues, durante los siglos XVII y XVIII, más que un reflejo de la española, y como ésta seguía entonces las normas del clasicismo degenerado o del pseudo-clasicismo emprestado a Francia, aquella versa sobre temas obligados y se adorna del oropel mitológico, sin reflejar la vida ni la naturaleza nacionales. Así, en la obra más antigua que se conserva, un largo poema narrativo, *El Espejo de Paciencia*, por Silvestre de Balboa, vemos intervenir en un suceso local a las divinidades del Olimpo, y en las obras del siglo XVIII, sus que se reducen a fábulas o epigramas, notamos la tendencia al prosaísmo o al filosofismo en voga en el momento. Los cultivadores de la poesía son versificadores improvisados, sin temperamento ni verdadera cultura. Pero a principios del siglo XIX, aparece con Manuel de Zequeira un poeta auténtico, y luego surge todo un grupo de líricos, entre los cuales dos que hay que poner al lado de los grandes poetas de lengua española. Empero, guiado por un criterio verdaderamente moderno, Chacón y Calvo busca también los orígenes de la poesía cubana en el lirismo popular tradicional, explorando la selva virgen del folk-lore de su país. Según él, como poesía popular no había en Cuba más que escasas coplas relativamente modernas y que por su preciosismo rebuscado se acercan a la poesía artística pseudoclásica. Pero las famosas canciones cubanas, las «habaneras», las «guajiras», que se cantan en todo el continente, tienen a menudo cierto giro popular exigido por la música. ¿No habría sido interesante examinar esta poesía, sin duda vulgar o artística vulgarizada, en que se notan *restos de poesía popular?* De la poesía tradicional de España, en cambio, hay en Cuba, como en toda la América española, un buen filón en diferentes piezas del Romancero, conservadas por la tradición oral. Pero, cosa curiosa, en este país que ha estado hasta últimamente bajo la dominación de España, Chacón y Calvo ha encontrado menos romances que los que ha hallado Vicuña Cifuentes en Chile. Prueba evidente de que el Romancero ha sido importado en tiempos de la conquista. Luego estos romances son únicamente de carácter «novelesco» y no son dichos más que por los niños en ciertos juegos; en tanto que en Chile se encuentran además algunas de carácter «heroico o histórico», como los del Cid o de Bernardo del Carpio, y los ancianos o los mendigos son quienes los cantan o los recitan. Además, ciertos romances, como el de «Delgadina», que en este país se conservan casi intactos, aparecen en Cuba «contaminados» o desfigurados hasta el punto de que los protagonistas han perdido el nombre. Chacón y Calvo pone a cada pieza un largo comentario, metódico y sagaz, de su origen en la tradición escrita y en la tradición oral. Habría sido útil que hubiera agregado algunas notas comparativas con las piezas similares recogidas en otros países hispanoamericanos. La importancia de esta parte de su libro es muy considerable. El Romancero, expresión de una poesía nacional en que la energía se une al lirismo, forma, como ha escrito Hegel, «una corona tan bella y tan graciosa que podría ponerse al lado de lo que la antigüedad tiene de más hermoso». He dicho lirismo porque los poemas del Romancero son manifestaciones de una modalidad lírica, la que yo he llamado «Lirismo Indirecto o Figurado» (Crónica del 1.º de marzo de 1924) y en la cual entran la balada del Norte y el *lai* de Francia, pues en todas estas formas se halla el *elemento esencial* y el *estilo en escorzo* característicos de la poesía lírica. La literatura española, que ha solido ser calificada de antilírica, posee, pues, en el Romancero, un gran tesoro tradicional lírico, en tanto muchas otras naciones no cuentan, como poesía primitiva, más que con crónicas rimadas impropiamente llamadas *canciones*. Y tal tesoro es para los hispanoamericanos, como lo ha comprendido nuestro autor, lazo de solidaridad y base para la acentuación de «nuestro tipo propio de cultura». Esta poesía no ha sido aun traducida convenientemente en francés (las traducciones, como la de Alexandre Arnoux, hechas en prosa, no pueden dar una idea justa). En una novela, la *Ville Merveilleuse*, que acaba de aparecer, yo me he esforzado por traducir un romance, el de «Delgadina», en la forma del original: el octosílabo con una misma asonancia en los versos impares. Como complemento de estos estudios, Chacón y Calvo nos da, en fin, dos siluetas tan acabadas cuanto perspicaces de los dos poetas más famosos de su país: José María de Heredia, pariente del francés de este nombre, y Gertrudis Gómez de Avellaneda. Aparecido en la época de la formación de nuestras nacionalidades y educado en el gusto de las letras clásicas y de la escuela neoclásica española, llamada de Salamanca, Heredia se manifestó como un poeta nacional de acento elocuente y ampuloso, y como tal es generalmente conocido y loado. Pero este poeta, que era un emotivo y un visual, fué también un pintor de la naturaleza americana y un intérprete de su alma atormentada, vinculándose así a la poesía romántica. Descartado con mucha perspicacia cuanto hay de ocasional y antilírico en su obra, nuestro crítico loa en él al cantor de la naturaleza y al poeta «civil interno», esto es

al intérprete del sentimiento nacional alzado sobre las contigencias exteriores, autor de la oda al *Niágara* y del *Teocalli de Cholula*. A mí me parece que habría que loar también, no por cierto al poeta erótico pseudoclásico adorador de Lesbia, pero sí al lírico sentimental que dejara en *Desamor* y en la misma oda al *Niágara* un eco tan profundo de su alma desolada, nostálgica de ternura. Gertrudis Gómez de Avellaneda, que llenó con su voz la poesía castellana de promedios del siglo pasado y que fué saludada por Menéndez Pelayo como una gran poetisa, no sólo de la América española sino del mundo, se afirmó como un lírico «apasionado e impetuoso», de una gravedad y un vigor que han hecho ver en ella un temperamento varonil. Chacón y Calvo rebate esta última aserción, probándonos que, por el contrario, esta alma «llena de tumultos» es eminentemente femenina. A pesar de las influencias de los poetas españoles Quintana y Gallego, ella aparece, según nuestro crítico, verdaderamente personal por la esencia de su poesía extraída de su corazón y de su vida, y, en algunos de sus poemas *(A El, Dedicación de la lira a Dios, Cántico)* en que hay «una perfecta compenetración entre el pensamiento y la palabra», muy artista. Tal vez. Pero yo he de confesar que esta poetisa razonadora y verbosa, que no sintió la naturaleza y que aparece algo teatral aun en sus transportes místicos (el solo título la *Dedicación de la lira a Dios* lo prueba) no es de mi simpatía.

Chacón y Calvo ha completado sus estudios sobre la poesía de su país con una antología: *Las Cien Mejores Poesías Cubanas*, que, por las siluetas minuciosas y muy acertadas que acompañan los poemas de cada autor, constituye una verdadera historia de la poesía de Cuba. En ella vemos destacarse algunos otros poetas de verdadero mérito, como los románticos G. de la Concepción Valdés, Juan Clemente Zenea y los mode r nos José Martí, poeta singular que no hay manera de clasificar, Julián del Casal, Juana Borrero. Casal, introductor del modernismo en su país, no ha sido aun bien estudiado. Chacón y Calvo le hace justicia, pero no traza su biografía ni define suficientemente su lirismo. Lo mismo podría decirse de Juana Borrero, esta poetisa tan fina que murió muy joven. Nuestro crítico nos dice que «su poesía no es, por el estilo, completamente moderna». Pero su poema *Ultima Rima*, cuya estrofa final es un hallazgo de forma, ¿no es una de las notas más exquisitas que ha producido nuestra poesía modernista, y que podría ponerse al lado del *Nocturno* famoso de J. A. Silva? Chacón y Calvo debería darnos el estudio profundizado que merece cada uno de estos dos poetas excepcionales. Este escritor, que despliega en sus trabajos críticos una sensibilidad tan aguda, es también, como era de preveerlo, un creador, más aún, un lírico. En un pequeño libro: *Ensayos sentimentales*, (lindo título) él evoca los recuerdos de su infancia, nos habla de la vieja casa de su familia. con una fineza y una emoción que hacen de esas páginas verdaderos poemas en prosa. El reconstituye así en su antigua majestad, la venerable mansión de sus antepasados. No otra cosa está haciendo en sus trabajos críticos. En Cuba, este país que oprimido por la fuerza y deslumbrado por el oro de los Estados Unidos, atraviesa hoy un período de vacilación, de desorientación, la obra de tal escritor es de la mayor significación: ella descubre y consolida el núcleo de la personalidad que, en los pueblos como en los individuos, es el primero y más alto valor humano.

FRANCISCO CONTRERAS

(Trad. del *Mercure de France*, del 15 de Noviembre de 1925).

Nuevas respuestas al Cuestionario del "Repertorio Americano"

1) ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2) ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3) ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4) ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5) ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

———

Estas cinco primeras preguntas del cuestionario derivan de una sola necesidad imperiosa que acabará por iluminar la conciencia de nuestra América. Por encima de las entidades nacionales actuales y respetando todas las autonomías, hay que crear un organismo superior que coordine las palpitaciones continentales, marcando un ritmo hacia el porvenir.

Ese organismo superior que llamaremos Consejo, Comisión, Junta, o como se quiera, y al cual le daremos para evitar suspicacias, funciones puramente consultivas, al margen de toda acción directa y de todo poder, estará encargado de estudiar la situación de las diversas regiones de la América Latina, de centralizar los datos, y de poner de relieve las convergencias de nuestra vida, señalando resultantes comunes en el orden universitario, económico e institucional.

No se trata de un super-ministerio, ni de un areópago de augures, sino de una asamblea familiar y democrática de hombres de estudio que, ajenos a las vanidades, las limitaciones y los apasionamientos locales, inspirados en el soplo inicial de la Emancipación, se esforzarían por facilitar en sus grandes líneas la vida común, aconsejando medidas y procedimientos equidistantes, suceptibles de ser aplicados por cada una de las entidades nacionales, sin mortificación o desmedro para su soberanía.

Así podrían surgir programas unificadores en lo que se refiere a las relaciones económicas, a la enseñanza, y la Legislación. Lo que más nos ha separado hasta ahora es la ignorancia en que nos hallamos los unos respecto de los otros; y lo que más nos puede acercar es la confrontación total de nuestras vidas y el eslabonamiento razonado de las coincidencias que dan base para una identificación gradual.

6) ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Nada sería más vano que tomar medidas contra los de afuera para remediar males que nacen de nosotros mismos. Ya he tenido oportunidad de decir cien veces que si el imperialismo ha encontrado en la América Latina un terreno de cultura, es debido a los erróneos endémicos que debilitan nuestro organismo y anulan nuestra acción. Cuanto se intente debe ser inspirado, al margen de los odios pueriles, en el exclusivo propósito de sanear nuestra propia vida, abriendo las ventanas y los corazones al verdadero patriotismo, que lejos de ser un privilegio de las castas parasitarias, se confunde siempre con los intereses del pueblo y con las aspiraciones de la democracia universal.

MANUEL UGARTE

Niza, 25 de noviembre, 1925.

En el décimo aniversario de la muerte de Rubén Darío

Sr. J. García Monge.
San José.

Muy estimado:

Tengo el gusto de enviarle una poesía escrita en 1882 por Román Mayorga Rivas y Rubén Darío.

Obtuve copia del *Diálogo* gracias a la amabilidad de doña Isabel viuda de Williams, antes Isabel Darío, encantadora viejecita cuya amistad me es altamente honrosa y de quien me prometo escribir pronto una página para recordar algunos detalles de la juventud del querido Rubén. La copia que me sirvió para tomar el *Diálogo,* manuscrita, fué hecha en León de Nicaragua, y tomada de un álbum de familia, que pertenece a una señora pariente lejana de Darío. Doña Isabel la obtuvo haciendo valer su parentesco con Rubén y para ser conservada en la intimidad; también tuvo su importancia la casualidad de que las dos ancianas, entonces mozas, hubieran estado en la velada donde se recitó y hubieran presenciado el triunfo de los dos bardos amigos. En el álbum la poesía está impresa, se me dijo; pero el afán de conservar la copia con cierta explicable avaricia, como el hecho de que la pieza no sea encontrable en las obras de Darío, le da cierto prestigio que me hace entregarla a Ud. para que la conozcan los admiradores de Darío y para que si se encuentra en las obras de Mayorga Rivas—no las he tenido a mano—se pueda hacer la debida comparación por si hay algo qué enmendar, pues yo tengo mis dudas, ya que es posible que en tantos traslados manuscritos se haya alterado el texto. Caso de que la poesía no haya sido recogida antes de ahora, sería una verdadera curiosidad literaria y cabría agregar su descubrimiento a la deuda que las letras centroamericanas tienen contraída con la señora Isabel Darío, y por más de un motivo en cuanto a Rubén.

La reciente desaparición de Mayorga Rivas y el cumplir en estos mismos días, el 6 de febrero, diez años de muerto Darío, le agrega nuevo encanto al poema; y ya que el destino hundió en la sombra a los dos poetas, conviene reproducir la otra poesía que me permito adjuntarle, en la que por cierto se habla de una trinidad de ilustres, los tres ya idos para siempre.

Soy del Sr. García Monge afectísimo amigo,

Salvador Umaña

Escuela Normal de Costa Rica.—Heredia.



Diálogo

Escrito por Román Mayorga Rivas y Rubén Darío. Y recitado por sus Autores en la velada lírico-literaria de la Academia La Juventud, *León de Nicaragua, 15 de setiembre de 1882.*

Rubén.—Román, nuestros corazones
ven de amor distintos lampos...

Román.—Si tú el amor de los campos,
yo el amor de los salones!
Es cierto que en el retiro
de alguna selva callada
goza el alma enamorada
en exhalar un suspiro;
pero en medio de la fiesta
y al compás de alegre danza,
se ve brillar la esperanza
en una noche como ésta.

Rubén.—Concedo que en el salón
el alma también suspire,
y allí es propio que delire
con locura el corazón;
mas tú no me negarás
lo que mi labio asegura:
el salón, fuego y locura;
el campo, contento y paz.
Aquí en suma plenitud
el bardo goza y se inquieta,
y allí el alma del poeta
vive en plácida quietud.

Román.—No he de huir de la ciudad,
porque también aquí habita
aquella diosa bendita
que llaman felicidad.
Aquí en fervientes excesos,
en la inquietud se hallan calmas,
y se confunden las almas
con el calor de los besos.
Al fulgor de las bujías
y al brillar de los espejos,
se ven lucir, a lo lejos,
misteriosas simpatías;
y al acorde de los pianos
las almas todas se engríen,
mientras los labios sonríen
y arrancan notas las manos.
Aquí en dulce devaneo
a la belleza admiramos
y estáticos contemplamos
a una Julieta, a un Romeo;
y en vagarosa ansiedad
vivimos aquí sonriendo
con la música, el estruendo
de la ruidosa ciudad.

Rubén.—Pero el amor resplandece
con un fulgor más sublime
bajo el ramaje que gime
de un naranjo que florece.
Pasan corriendo las horas
apacibles y serenas,
cual corren en las arenas
las linfas murmuradoras.
Allá los enamorados
viven en dulce alegría,
poblada su fantasía
con mil sueños sonrosados.
Están sin penas ni agravios,
entre tímidos sonrojos,
con la ternura en los ojos
y la sonrisa en los labios.
En cada hoja que se mueve
y del viento en cada giro,
y en cada tenue suspiro
del agua ondulante y leve
creen oir blando rumor,
misterioso, indefinido,
que les murmura al oído
todo un poema de amor...

Román,—¿Amor? Amor tú verás
traducido en cada nota
que el arpa temblando brota
con armonioso compás;
su magia tú sentirás
cuando en el baile, Rubén,
recline en tu hombro la sien
una mujer, indecisa,
mostrándote en su sonrisa
la poesía del Edén.

¿Amor?... Cuando en confusión
de luces, ecos y flores,
con sus prismas dan colores
las arañas del salón,
cuando la imaginación
se confunde y se recrea
al ver la gasa que ondea
con abandono prendida,
al ver la alfombra mullida
y el pebetero que humea;

cuando la música rueda
en tropel manso y sonoro,
que de mil cítaras de oro
el rítmico son remeda;
cuando se arrastra la seda
crujiente de los vestidos;
cuando rostros encendidos
y ojos que brillo derraman
los corazones inflaman
y enardecen los sentidos;

y las lámparas redondas
que aprisionan luces bellas,
derraman lluvia de estrellas
alumbrando tenues blondas;
cuando perfumadas ondas
llegan la frente a besar,
y en el alma a despertar
deseos vagos, sin nombre,
que tan sólo siente el hombre
y no los puede expresar;

cuando una sonrisa suma
de unos labios sonrosados
se esconde tras los calados
de un abanico de pluma;
cuando entre encajes de espuma
se envuelven formas de ondina;
cuando el alma se ilumina,
y encendida, absorta, inquieta,
la inspiración del poeta
vuela a una región divina;

entonces, esos rumores,
esas sonrisas y espumas,
esas complacencias sumas
con que sueñan los cantores;
esos rosados albores,
ese enjambre seductor
de luz, aroma y color
y ese extraño y dulce anhelo,
son los efluvios del cielo
que los condensa el amor!

Porque el amor se engalana,
arde, se mueve y palpita,
dondequiera que se agita
la congregación humana.
La guitarra castellana,
el son de la guzla mora
y la cuerda vibradora
del dulce Aberle y de Olmedo,
traducen en ritmo ledo
de amor la voz seductora.

Cuando allá en la noche oscura
con su cítara de plata
llega a dar su serenata
un trovador sin ventura,
con inefable ternura
sus notas al viento deja,
y al preludio de su queja,
en el balcón donde canta,
oye una voz que le encanta
al través de aquella reja.

Y esa voz, esa expresión
ardiente y entrecortada,
vaga y trémula, escapada
de un femenil corazón,
viene a aumentar la ilusión
con su tierna vaguedad,
y en la dulce intimidad
que se goza en esa cita,
se ve que también habita
tierno amor en la ciudad.

Ese afecto sin igual
también aquí domicilia,
para formar la familia
y mantener la moral;
como en el campo, inmortal
purifica y regenera,
germen de luz hechicera
de su seno se desprende,
y con sus llamas enciende
a la humanidad entera.

De este amor la esencia tiene
mucho de grande y fecundo,
y el equilibrio del mundo
con fuerza vital mantiene;
en sus misterios contiene
luz, armonía y placer...
¡Qué irresistible poder!
¡Cómo embriaga y enajena!
Y, ¡cómo al hombre encadena
a los pies de la mujer!...

Ya ves que a los corazones
que moran en la ciudad,
les brinda felicidad
el amor de los salones;
vienen bellas ilusiones
en tropel encantador
a iluminar del dolor
las tristes noches oscuras,
pues es fuente de venturas
infinitas este amor!...

....
....

RUBÉN. — Pues amor del campo, mira;
¿Has oído alguna vez
cómo en bosques de ciprés
un arroyuelo suspira?
Y no has visto cómo gira
la inconstante mariposa,
volando de rosa en rosa,
y ciega, sin tino y loca,
el cáliz apenas toca
con el ala temblorosa?

¿Has visto de la arboleda
en el follaje tupido
de dos tórtolas el nido
que acaricia el aura leda;
y no has visto cuál remeda
tiernos suspiros la fuente,
que moja con su corriente
la verde, mullida grama
que de espuma se recama
al crepúsculo naciente?

¿Has oído la armonía
misteriosa de los montes,
el trino de los zenzontles
al despertar claro el día?
¿Has mirado la poesía
del valle de luz escaso
cuando el sol baja al ocaso?
¿Y has oído el aura pura
que parece que murmura
églogas de Garcilaso?

¿Y has mirado a las abejas
libando miel del rosal,
y has escuchado el zorzal
lanzando al aire sus quejas?
¿Has visto flotantes rejas
que de juncos y espadañas
se tejen entre las cañas,
entre verdes carrizales,
y cuál sube en espirales
el humo de las cabañas?

¿Has visto tú la majada
cómo en el llano retoza,
cómo juega y se alboroza
del pastor a la llamada?
¿Y no has visto en la enramada
esas gotas diamantinas
que en las flores purpurinas
está la luz reflejando,
y las desprenden volando
bandadas de golondrinas?

¿Has visto tú en la pradera
cómo a admirarla convida
una apacible y florida
mañana de primavera?
¿Cómo tímida y ligera
la cervatilla inocente
en el agua de la fuente
apaga la abrasadora
sed, y corre, y sin demora
hacia el boscaje, impaciente?

¿Has visto en noche serena
reflejarse en la laguna
la blanca luz de la luna
de melancolía llena?
¿Has mirado a la azucena
que se cubre de rocío?
¿Has oído el murmurío
que producen confundidas
náyades adormecidas
sobre las ondas del río?

¿Y no has mirado lucir
de agreste cerro en la falda
los cambiantes de esmeralda,
los cambiantes de zafir?
¿Has escuchado el gemir
de la amorosa torcaz
allá en la selva feraz,
donde el silvestre murmullo
se confunde con su arrullo
como símbolo de paz?

¿Has mirado, al brillo puro
del sol, en días de calmas,
cómo estremecen las palmas
su retoño verde-oscuro
con movimiento inseguro?
¿Y has sentido el sin igual
soplo de ambiente otoñal
cuajado de mil aromas,
al perderse entre las lomas
susurros del cocotal?

Pues esos tiernos cantares
y murmuríos y sonrisas,
y quejas de blandas brisas
y susurros de palmares;
de los verdes olivares
los melódicos rumores,
y esas palabras de amores
que dicen en tonos suaves
las espumas a las aves
y las aves a las flores;

ese himno que al cielo eleva
Naturaleza sonriente,
como un idilio elocuente
que dulces cadencias lleva;
esa magia que renueva
en las almas el ardor,
y que le inspira el Creador,
nos muestra en su eterno bien

que es reflejo del Edén
de los campos el amor.

Amor del campo, armonía
de crepúsculos y fuentes...

ROMÁN.— Amor del salón, lucientes
fulgores del medio día...

RUBÉN. — Dos rayos que Dios envía
de su fulgente diadema...

ROMÁN.— Guíalos fuerza suprema,
y en la mundana penumbra,..

RUBÉN. — El uno apacible alumbra
y el otro radiante quema!

XIV

Al partir Mayorga Rivas

Román, ya te vas al pensil
de Centro-América, al edén
que yo, desde aquí, del Brasil,
contemplo cual perdido bien.

Te llevas de mi corazón
un gran pedazo. Es la verdad.
¿Qué haría yo sin Juan Ramón, [1]
parte de nuestra trinidad?

Las sirenas tras de tu nave
irán, sin canto seductor,
embelesadas por el suave
cántico tuyo, ¡oh gran cantor!

El marino viento, asaz blando,
a tu hermosa estrella muy fiel,
en torno suyo irá soplando
ósculos sobre tu laurel.

¡El gran, ronco, océano sonoro
sonará por ti son triufal;
por ti, poeta de arpa de oro
y de melodioso cristal!

Con cenefas blancas de espuma
ornando la onda de azul agua,
te ofrecerá la visión suma
del bicolor de Nicaragua.

Y, entonces, cuando el soberano
patrio recuerdo en tu alma aliente,
también recuerda a éste tu hermano
en el corazón y en la mente.

Pensativo dígome: ¿acaso
aquestos dos hermanos fieles,
dormirán en su eterno ocaso
allí, bajo patrios laureles?

¡Dios lo sabe! El guarda la llama
del porvenir, muy escondida...
Mientras tanto amemos la fama,
porque es de los dos la querida.

La que sobre todas las cosas
de este mundo, torpes y crueles,
bríndanos del placer las rosas
y de la victoria laureles.

Pero tú olvidas sus favores,
y quizá has hecho lo mejor,
haciendo amor de tus amores
a tu dulce esposa Leonor.

Yo debo seguir mi camino...
De mi destino voy en pos,
entre sombra y luz, peregrino
por secreto impulso de Dios.

RUBÉN DARÍO

Río de Janeiro, julio de 1906.

(Obras completas de Rubén Darío. *Baladas y Canciones*, pág. 141. Biblioteca Rubén Darío Sánchez).

1. Alude a Juan Ramón Molina, su amigo de infancia, quien a la sazón se encontraba en compañía del gran poeta.

El tapiz de rosas

El hallazgo de la belleza

ABURRÍASE el califa en el seno de su magnificencia. Harto de poderío, de gloria, de riqueza, de amores, aburrido estaba, aburrido hasta la muerte con sus mil escuadrones de guerreros que habían realizado la conquista del mundo, sus mil coronas de triunfo ganadas en mil batallas heroicas, sus mil perlas fabulosas, porque cada una valía un reino y sus mil odaliscas incomparables, porque cada cual de ellas era como la luna y todas juntas más que el sol.

Quiso, entonces, tener el palacio más hermoso, y los mejores arquitectos del mundo lo levantaron; los primeros pintores y escultores del mundo lo decoraron; y cuando estuvo construído, hospedó en su recinto, grande como una ciudad, a los mejores músicos y poetas del mundo.

Proponíase, así, matar su tedio magnífico en el seno de la perfección de la Belleza.

Y era excelente proyecto, a fe. Pero el califa no obtuvo lo que buscaba. Su tedio crecía hasta la desolación, cuando, cierta vez, llegó al palacio un derviche.

El califa, que era guerrero, regaló al sabio mendicante con toda esplendidez, durante un año, pasado el cual decidió consultarlo, aprovechando su ciencia.

—¿Qué te parece este palacio?—le dijo.

—Perfecto por sus proporciones, su decoración y su servicio. Este palacio es, sin duda, la morada de la Belleza.

El califa sonrió con amargura.

—Tal fué mi designio. Pero encuentro siempre ¡ay de mí! que algo le falta.

El derviche paseó una mirada lenta por el ámbito, y meditó una hora de tiempo. Después dijo:

—Algo falta, en verdad, aunque sostengo que es perfecta la construcción de este palacio. En el mundo, que llevo recorrido entero durante las cuatro vidas que viví, nunca hubo edificio igual. La pintura y la escultura han llegado, acá, hasta donde le es posible al hombre. Música como la que se oye acá, sólo la había en el Paraíso. La poesía de la tierra la posees, inmortalizada en los libros de todos los poetas que fueron, viviente en la persona de todos los que son. Y el encanto de la mujer reina tan completo en las mil bocas que te sonríen la gracia y el amor, que causaría, por segunda vez, la caída de los ángeles. En ti están la salud, la juventud y la fuerza. Tu condición, señor, es envidiable entre todas. Y, sin embargo, tienes razón: algo falta en este palacio. Algo tan importante como el son y el aroma en la música y en la esencia, que sin ellos no existen...

Comprendiendo que el momento de la esperada revelación iba a llegar, el califa bajó los ojos, temblando. Y añadió así el sabio errante de los caminos:

—Faltas tú, señor. Habitas este palacio, pero no estás en él. Eres el ausente de tu propia morada, donde en vano reina la Belleza ante el ojo del sol, porque la belleza, señor, tienes que hallarla en ti mismo.

Así lo explica la historia de Karim, que es la tercera rosa.

LEOPOLDO LUGONES

(De *Caras y Caretas*, Buenos Aires).

Tablero

=1926=



Cartas

Repasando los 4 números que salieron—¡cuán pocos!—de *Indice* (Revista de definicion y concordia), mensuario ejemplar, si los hubo, editado en Madrid, hemos vuelto a leer estas interesantes cartas. Como creemos que su contenido deben conocerlo tantos lectores ilustrados y curiosos como se pueda, nos parece oportuna su reproducción.

¿Sería posible hallar en la América española, la cooperación que en dos de ellas se busca?...

Madrid, junio, 6 de 1921.

A la Revista *Indice*.—Madrid.

Señores míos:

En el primer número de *La Pluma* (junio de 1920), recuerdo haber leído una nota sobre cierta coleccioncita de cartas de Rubén Darío, en que el autor de la nota —creemos que era Alfonso Reyes—hablaba de algunas epístolas cambiadas entre Rubén Darío y el poeta colombiano Luis Carlos López, y se refería igualmente a otras cartas dirigidas por el mismo Darío a «un poeta mejicano» y relativas a un incidente entre Darío y Salvador Rueda.

¿Sería posible averiguar dónde pueden leerse las cartas cambiadas entre Darío y Luis Carlos López? ¿Se trata acaso de cartas inéditas?

¿Sería posible saber quién es ese poeta mejicano, dichoso poseedor de cartas de Darío relativas a Salvador Rueda?

Finalmente, entre los escritores españoles ¿no se podría reunir una nueva colección de cartas de Rubén Darío, que se publicaran bajo el patrocinio de la revista *Indice*?

Si ustedes creen que esta carta merece la atención de sus lectores, yo les agradecería que le dieran acogida en un rinconcito de la Revista. Así discutiríamos en público, y entre aficionados, todo lo relativo a este asunto.

De Uds. atto. s. s.,

MANUEL RESTREPO K.

A la revista *Indice*.

Tengo desde hace años entre mis papeles, recortada de una revista que por desgracia no puedo decir cuál es, porque, contra mi costumbre, olvidé anotarlo, una poesía titulada *Rosas Profanas*, de Rubén Darío, que no he visto después incorporada en sus obras. Se publicó, sin duda, en 1899, y la revista era de Colombia o del Perú.

El título, tan semejante al de uno de los libros fundamentales de Darío, me hace pensar que tal vez la revista no hiciera sino reproducir la poesía y corregir lo que tuvo por errata. Son ocho estrófas. Al margen de las cuatro primeras hay un adorno tipográfico, un jarrón lleno de flores. He aquí los versos:

ROSAS PROFANAS

Sobre el diván dejó la mandolina.
Y fuí a besar la boca purpurina,
la boca de mi hermosa florentina.

Y es ella dulce y roza y muerde y besa;
y es una boca roja, rosa, fresa;
y Amor no ha visto boca como esa.

Sangre, rubí, coral, carmín, claveles,
hay en sus labios finos y crueles,
pimientas fuertes, aromadas mieles.

Los dientes blancos reinan como versos,
y saben esos finos dientes tersos,
mordiscos caprichosos y perversos.

Dulce serpiente suave y larga poma,
fruta viva y flexible, seda, aroma,
entre rosa y blancor la lengua asoma.

La florentina es sabia, y ella dice
que en ella están Elena y Cloe y Nice
y Safo y Clori y Galatea y Bice.

Su risa es risa de una lira loca:
en el teclado de sus dientes toca
amor la sinfonía de su boca.

Y ese cáliz hallé de mieles lleno,
y él el placer y el mal puso en mi seno,
y en él bebí la sangre y el veneno.

Al reproducir ahora esta composición, lo hago con propósito de que alguien a cuya noticia hubiere llegado, pueda aportar esclarecimientos, si hay lugar a ello, o, siquiera, facilitarme exactamente el dato bibliográfico que me falta.

E. DÍEZ CANEDO

Lealtad, 20. Madrid. España.

Madrid, febrero de 1922.

Querida Revísta:

Américo Castro acaba de señalarme un error en que incurrí al poner en castellano moderno el Poema del Cid, y deseo comunicarlo públicamente a los poseedores del libro, para que tomen nota de la corrección que he hecho en mi ejemplar propio:

En la página 24 de mi edición («Colección Universal» de CALPE), dice el verso antiguo:

Espeso e el oro e toda la plata,
bien lo veedes que yo no trayo nada, etc.

Y, en la página 25, yo, descuidadamente, traduje:

Poseo oro y plata en abundancia, aunque bien ves que nada traigo conmigo, etc.

El error es evidente: el Cid, dirigiéndose a Martín Antolínez, el burgalés de pro, se queja de su pobreza, y no le dice que *posee oro y plata en abundancia*, sino que *ha gastado el oro y toda la plata*, por lo cual no lleva nada consigo. *Espeso e*, quiere decir: *expeso he*, o *he gastado*. De suerte que el trozo en prosa debe quedar corregido en la forma siguiente:

He gastado todo el oro y la plata: bien ves que nada traigo conmigo, etc.

ALFONSO REYES

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica